Iniciación en la Filología Clásica

Cuantos se asoman por primera vez al anchuroso campo de la Filología Clásica sienten más o menos pronto la necesidad de un guía con quien poder iniciar o proseguir la marcha, sin peligro al descarrío ni al desaliento, por las encontradas rutas que se entrecruzan sin cesar.

Realmente es inmenso el panorama que se abre al neófito que después de dudas y vacilaciones se decide por fin a internarse por el camino, tan poco frecuentado hoy día, de la Filología Clásica. Por de pronto se le presentan dos zonas paralelas: la Filología Griega y la Filología Latina, que allá en la lejanía de los siglos vienen a converger en un mismo punto de partida, el Indoeuropeo, la lengua madre, la cual, a pesar de los muchos desvelos que a ella se vienen dedicando desde hace más de un siglo, tantos secretos encierra aun para los mismos especialistas. En ambas zonas, la vista se pierde en un sin número de disciplinas que, abriéndose a manera de abanico, vienen a completar e ilustrar el conocimiento de los textos antiguos, nervio y quintaesencia de la Filología Clásica. Tales son, por ejemplo, la Crítica textual, la Gramática, la Estilística y la Estética, la Paleografía, la Epigrafía y la Papirología, la Arqueología, la Historia y la Filosofía, la Geografía, la Topografía, la Cronografía y la Toponimia, la Mitología y la Religión antigua, el Arte y la Literatura y otras muchas ramas complementarias.

Ante este laberinto de caminos que se presentan al filólogo en su marcha ascensional hacia la meta de sus estudios, se